

*La Casa vieja.
(fragmento)*

Wipo 10

De toda la casa de la tia Milagros lo que mas se ha gravado en mi imaginacion es la pila de marmol.

Se abria al centro del patio como una flor de magnolia, y en sus aguas verdosas se zambullian de cabeza, el naranjo, el arce blanco, el alero, las ventanas del fondo, el tejado lleno de musgo.

La pila guabdaba en sí toda la casa.

Si existe todavia, si la grieta del marmol ne se ha hecho mas profunda y el agua ne se ha escurrido per complete, estey seguro de que al remover las lamas verdes que se habrán formado en ella, aparecerá en el fondo todo el viejo tesoro de recuerdos que se fue tragando lentamente.

Y aquello será como sacar de nuevo al sol los restos de un naufragio.

Toda mi niñez está hundida en esa pila. Talvez ne exista ya su ancha taza de marmol y por su fondo rete, el agua se haya escurrido con todos sus recuerdos y haya ido a refrescar las raices secas del naranjo cortado; pero cierre los ojos y los vuelvo a ver.

Está erguida, como entonces, en la mitad del patio, tapizado de musgo. De su centro, que aspiraba a imitar una concha, pero que en realidad parecia una computadora, el agua se desliza sin ruido en delgados hilites, como el llante de la tia Trinidad cuando el gato amanecia enfermo. Los pescaditos colorados juegan al pillarse y junto a la galeria, con las manos escondidas bajo el delantal, veo re-certarse la silueta de la Juana Rosa, con su carita de manzana silvestre y sus ojos muy abiertos.

Sen los mismos ojos tristes con que llege aquella mañana en que per fin logré que la Mama Mesa la llevara a ver el diablo de Santo Domingo:

- Te dió miedo?

-No; pero me dio rabia..Tan feo y con aros tan lindos...Que sacaran con ponerle eso...?

Y con sus manos regordetas se tocaba los insignificantes aretes de ore doble que pendían de sus orejas.

Despues, con los ojos fijos como si las joyas del demonio la tuvieran todavia hipnotizada, agregé:

-Como una es pobre tiene que andar con estas porquerias...

Yo no hallaba que decirle. Sus ojos negros, como la pila en las noches de invierno, parecian recoger todas las sombras.

El diablo de Santo Domingo, feo y malo, tenia joyas y era rico... En cambio la Juana Rosa.....

Sentia que algo muy amargo-una injusticia o un selloze imposible de tragar-me apretaba la garganta.

Fue mi iniciación en la "cuestión social". Por culpa de ella corte relaciones con "el mandingo". Se me hizo antipatico y nunca mas volvi a pedirle a la tia Trinidad que me llevara a verlo.

Estaba estudiando la lección de historia cuando entro la Juana Rosa, con el pretexto de limpiar los vidrios, y me dio conversación.

La note muy rara.

Me dije que no se acostumbraba, y que si no fuera por su "taitita" y "tamien" por otra cosa"-esto ultimo le costo mucho decirle- ya se habria ido de la casa. Se hallaba como presa entre esas paredes; no salia sino los domingos a la misa de siete, y en patio de adentro, para ver la calle, habia que treparse "lo mesmo que las aves" al techo del gallinero.

Era cierto: La única ventana que daba, a la calle en el segundo piso era la de la Mama Mesa; pero era alta y no se veía más que el cielo. Un cielo sin interés, como una página en blanco, rayado con los renglones de los alambres del teléfono. En el último alambre había un trece de velantín a cuadros rojos y verdes. Giraba con el viento y parecía hacernos burlas. Todo el día se le pasaba dando volteretas como un payaso.

Nosotros, en cambio, no podíamos ni siquiera alborotar la casa corriendo tras el gato, porque según la tía Trinidad, después de la pulmonía el animal había quedado "debilitado" y agitarse, le hacía daño al corazón ^{agitarse.} Tampoco se puede gritar porque la tía Lucrecia cada día está más enferma.

En algo de esto, pensaba seguramente la Juana Rosa, mientras con semblante amurrado, restregaba los vidrios.

- Mi hermana la que estuve sirviendo donde nisea Eudécia, se casó. Pasa hartas pebrezas, pero siquiera tiene quien la quiera... Yo no sé que me ha dado que no puedo salirme de esta casa. Estoy lo mismo que embrujá; pero un día de estos....

Yo le pedí que no se fuera.

Dejó el paño y se quedó un momento mirándome, muy seria.

- ¿Deveritas que no quiere que me vaya?

Después se echó a reír.

- ¡Psh! Que falta voy a hacerle! Pa jugar al pillarse no le da lo mismo Ña María Engracia?

Una mañana la tía Trinidad llegó desolada y temblerosa. Casi no